



**Diálogo de haikais:
Flavio Herrera
y Pepo Toledo
en el tiempo**

Diálogo de haikais: Flavio Herrera y Pepo Toledo en el tiempo

Por Pepo Toledo

Casa de la Cultura Flavio Herrera - 4 de septiembre 2025

El arte como vínculo de diálogos

El arte ha sido siempre un puente de diálogo entre épocas, culturas y generaciones. Basta recordar cómo *Las tres gracias* —un motivo de la mitología griega— fue reinterpretado por numerosos creadores, o cómo obras icónicas como *El beso* y *El grito* han inspirado múltiples versiones. En ocasiones, estos diálogos se dan directamente entre maestros: Picasso, por ejemplo, realizó en 1957 una serie de reinterpretaciones de *Las Meninas* de Diego Velázquez (1656).

Kandinsky soñaba con la *Gesamtkunstwerk*, la obra de arte total. Su visión se materializó en 1928 con la puesta en escena de *Cuadros de una exposición* de Modest Músorgski, donde integró música, color y forma en una unidad orgánica en movimiento.

Carlos Mérida, por su parte, dedicó gran parte de su vida a la integración de arte y arquitectura en una síntesis distintiva y profundamente moderna.

Conocí a un joven escultor guatemalteco, Rodrigo Santa Cruz Anchissi. Su obra constructivista, como la mía, me motivó a concebir un diálogo entre dos generaciones. En 2018, montamos una exposición en la Sala Carlos Mérida del Banco de Guatemala. Nos encontramos frente al mural de Mérida, los *Sacerdotes danzantes mayas*, que no podía ser ignorado.

El curador Guillermo Monsanto encontró vínculos entre la obra de Mérida, las esculturas de Santa Cruz Anchissi y las mías: estructuras, música, ritmo, color, formas y matemáticas. A su guion museográfico se sumó Paulo Alvarado, quien creó música especialmente para el evento, acompañado por el baterista Vinicio Molina y el bailarín Josué Barrios. Así nació un acontecimiento singular bajo el nombre *Diálogo Introspectivo*.

El éxito obtenido nos animó a buscar horizontes más amplios, y el Museo José Luis Cuevas en la Ciudad de México nos abrió generosamente sus puertas en ese mismo año.

Hoy se abre un espacio de un irrepitible encuentro entre dos autores guatemaltecos unidos por la brevedad poética y la profundidad estética. Los

haikais del maestro Flavio Herrera dialogan con los haikais de Pepo Toledo, los cuales con el tiempo evolucionaron hacia formas escultóricas.

Este cruce de palabras y volúmenes abre una ventana a la memoria, al instante y a la transformación artística, celebrando la poesía, la escultura y la fuerza inagotable del arte guatemalteco.

Flavio Herrera: El arte de lo breve y lo profundo

Flavio Herrera fue uno de los principales exponentes del haikai en Hispanoamérica durante la primera mitad del siglo XX. Su obra surge en medio de los movimientos modernistas y vanguardistas de su época.

Herrera tenía un estilo directo, simple pero cargado de belleza, que buscaba capturar momentos fugaces como un amanecer, una tarde, o una emoción breve, con gran sensibilidad. Su poesía se aleja de los versos recargados y se inclina hacia una forma más depurada, casi minimalista, algo que en su tiempo fue muy moderno.

Aunque se inspiró en el haikai o haikú japonés, no siempre respetó su estructura estricta de 17 sílabas ni todos sus elementos tradicionales. Por eso, más que haikais puros, sus textos pueden verse como una mezcla entre ese estilo oriental y las técnicas occidentales de brevedad, ironía y reflexión poética.

A esta fusión se refiere el ensayista mexicano Ángel Acosta Blanco como “minificción bonsái”. Sus “jibaritos” poéticos —como los llama Acosta— son pequeñas joyas que siguen brillando por su capacidad de condensar belleza y pensamiento en apenas unas líneas.

En su libro *Trópico*, por ejemplo, Herrera logra mostrar una gran desarrollo artístico a través de imágenes simples pero poderosas, que hacen sentir al lector parte de un paisaje tropical, espiritual y sensorial. Su obra invita no solo a disfrutar de la lectura, sino a releer y descubrir nuevas capas de significado en cada miniatura. En resumen, Flavio Herrera dejó una huella importante en la evolución de los géneros breves en la literatura moderna.

Así define el haikai Flavio Herrera:

*El hai-kai.
Emoción. Síntesis. Bruma.
Todo el milagro del mar.
En una gota de espuma.*

Este breve poema condensa, con admirable precisión, la esencia del haikai como forma poética. Flavio Herrera capta con palabras mínimas un universo de sensaciones. "Emoción. Síntesis. Bruma." es casi una definición estructural y

espiritual del haikai japonés: emoción contenida, economía de lenguaje y atmósfera evocadora.

El segundo verso, “Todo el milagro del mar / En una gota de espuma”, traslada ese principio a una imagen poética sublime: la totalidad en la parte. Herrera logra transmitir lo insondable del océano —su poder, misterio y belleza— en algo tan efímero como una gota de espuma.

Esta imagen es también una metáfora del arte poético mismo: contener lo vasto en lo pequeño, lo eterno en lo fugaz. El poema refleja el espíritu contemplativo, sensorial y meditativo del haikai clásico, y al mismo tiempo le da una voz propia, caribeña y americana.

En suma, una miniatura literaria que encierra profundidad filosófica, estética y emocional.

Cito varios ejemplos de síntesis de Flavio Herrera.

El ciempiés: Un peine vagabundo.

Las cigarras: Está rechinando de sol.

La buganvilla: Una cascada de sangre hecha coágulos de flores.

El gorrión: Hay un minúsculo avión que aterriza en cada flor. ¡Gorrión!

La lechuza: El santo y seña de los brujos.

El grillo: Un violín trasnochado.

El puerco espín: Sastre natural, en la camisa lleva sus alfileres.

Haikais escultóricos de Pepo Toledo

Mi serie *haikais escultóricos* tiene su origen en *La sombra del viento*, un libro de poemas que publiqué en mi juventud, en el año 1976. Ahora lo acompaño de esculturas hechas en mi madurez. Un diálogo interior en mis pensamientos y sentimientos, una introspección en el tiempo.

El poeta colombiano Octavio Amórtegui Rojas (1901-1990), prologó el libro *La sombra del viento*, que posteriormente fue curado por Mario Monteforte Toledo. Resumo el preámbulo:

La poesía no se razona. Como no se razona un perfume. Como no se razona una melodía. Es algo evocador, sugerente. La misión del poeta no es exponer, es la de insinuar. Los poemas son para recrearlos en nuestra mente. Y tan sólo degustándolos entre líneas se percibe todo su encanto.

La poesía no se piensa, se siente. Se siente allá, en el laberinto del corazón que al decir de Pascal “posee razones que la razón desconoce”. La poesía, como Anadiodema, surge castamente desnuda de las ondas del sentimiento, sin preciosos velos inútiles. Y tan pura es que sólo suele dar a luz en la soledad.

“El que no sabe crear, adorna”. Por ello nada es tan grato como la poesía que ha hecho voto de pobreza y se despoja de todas sus pompas y vanidades.

Tal es la poesía de Pepo Toledo, un muchacho que desde luego no la hurta sino la hereda, puesto que lleva en la masa de la sangre, como que es nieto de Luis Felipe Toledo Herrarte, un estupendo poeta desafortunadamente inédito en la más sustantivo de su producción literaria. Mi abuelo Luis Felipe fue contemporáneo y amigo de Flavio Herrera.

Y, caso curioso —continúa Amórtégui— este muchacho que hoy nos entrega su primer libro, promesa feliz de otros muchos, ha comenzado por donde los grandes maestros concluyen: por la sencillez. Por esa sancta simplicitas, último resplandor de la lámpara maravillosa, en Juan Ramón Jiménez y en Leopoldo Lugones.

Se puede afirmar que poesía en que no aflora la angustia lancinante del tiempo, no es tal. Y en Pepo esta inquietud es permanente, insistente, finamente desesperada. Toda ella está malherida de ausencia, de lejanía, del sentimiento de lo que discurre, de lo que huye, de lo que se aleja, de lo que pasa veloz para no tornar. ¡La sombra del viento!

Y vayan al azar unas cuantas perlas de bellísimo oriente espolvoreadas con la arenilla de oro de los segundos que ya se fueron:

*¡Qué bellos instantes
los que viajan
con el río del tiempo!*

*Aquí yacen
todas las olas del mar
que quisieron quedarse
perpetuamente.*

*Aún arde la llama
¿Podrá apagarla el viento
sin quemarse?*

*La noche es el funeral
de toda la luz del día
que murió al atardecer.*

*¡Cuántas ráfagas
de viento
se habrá tragado
para siempre!*

*No hay lugar para un lamento
ni horas para meditar
¡Eres la sombra del viento
que se perdió en el mar!*

Estos haikais tomaron forma de *Poemas líquidos* y están expuestos el día de hoy.

Mis haikais también dieron origen a la exposición *Siete poemas líquidos y dos alegorías – Esculturas invendibles*, inaugurada en 2016 en el Museo Nacional de Arte Moderno Carlos Mérida.

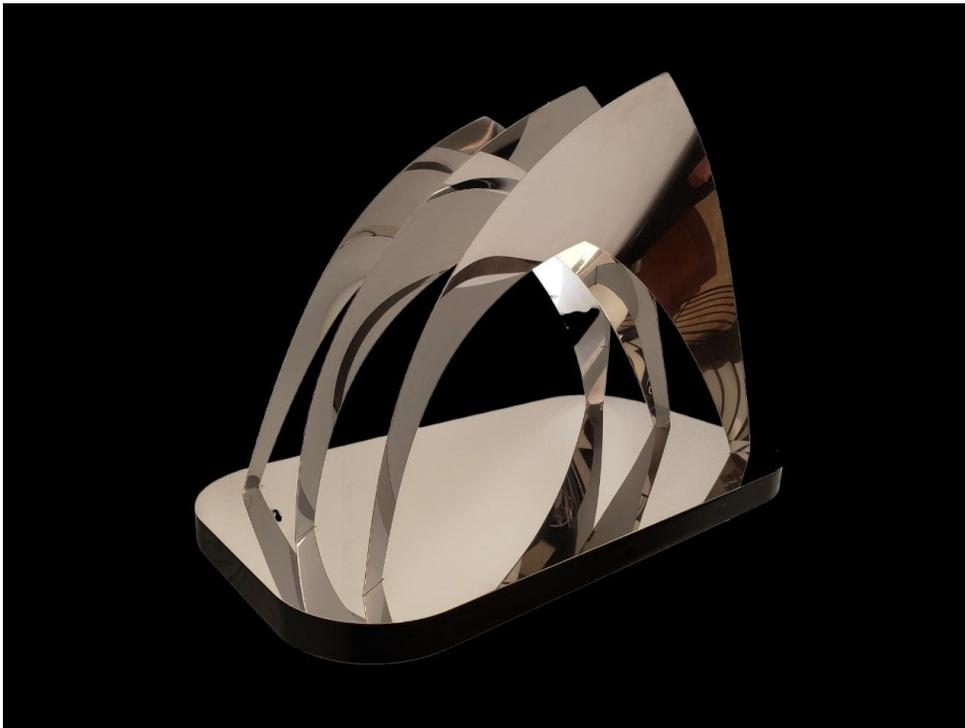
Los poemas líquidos representan el bien y una calavera de cristal rellena de mercurio, el mal. Entendemos por dualidad cuando en una misma persona se da dos fenómenos diferentes; en este caso el bien y el mal. Éstos se definen por oposición aludiendo a dos esencias distintas: el bien identificado con la luz y el mal asociado con la oscuridad. Unidad inseparable que forma nuestra alma como un péndulo que va y viene entre. La sombra, al igual que la luz, convive en nuestro corazón. El hecho de que una parte de nuestra alma tiene esencia de sombra no nos hace monstruos. El peligro está en no reconocerla y no tratar con ella, como se ejemplifica en el clásico de la literatura *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* escrito por Robert Louis Stevenson.

Mis haikais tomaron forma escultórica en mi exposición *Refracciones*, realizada en el Museo Nacional de Arte de Guatemala (MUNAG), en el Real Palacio de los Capitanes Generales de La Antigua Guatemala, en 2015.

Termino mencionando los títulos de los que hoy se exponen:

Instante
Fluencia
Mudos testigos
Olas de viento
Nubes perdidas
Palabras no más

Haikais escultóricos



Mudos testigos



Instante



Fluencia



Olas de viento



Nubes perdidas



Palabras no más

Poemas líquidos



Alegoría de la sangre de un niño minero

Poemas líquidos

